

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

LA EMOCIÓN DE LA TÉCNICA

LAS hazañas del «Graf Zeppelin» han despertado el entusiasmo universal. Su paso por el mundo no ha motivado sino admiración y elogios. Cuando hace algunos meses sorprendió a los habitantes de París con el ruido de sus motores, los malos recuerdos de los bombardeos durante la guerra se ahogaron en un franco grito de admiración irreprimible. En Londres, donde ya se ha visto cruzar el espacio a un dirigible inglés, las gentes que presenciaron el vuelo de la nave aérea alemana, pensaron también en las bombas implacables de otros días, pero se rindieron ante la majestad del prodigio. El dirigible es, sin disputa, un triunfo enorgullecedor de la técnica moderna. Es la máxima expresión contemporánea del pensamiento humano en pleno vuelo. Va tan alto y tan lejos como las más audaces invenciones de la fantasía pretérita. Más que el aeroplano, el dirigible produce la impresión de lo grandioso. Dondequiera que haya aparecido su silueta plateada y gigante, el hombre ha aprendido sus ojos de una visión insospechada.

Hace un año, el «Graf Zeppelin» cruzó el cielo berlinés en pleno día. Iba de ronda por el mundo. Berlín entero lo despidió con un largo clamor multámine. La ciudad—ciudad política por excelencia—prendió de sus balcones millones de banderas. Los imperialistas y los republicanos izaron sus insignias. Nadie escondió su emoción admirativa. La prensa nacionalista vió en el dirigible un mensajero de la Alemania de ante-guerra, poderosa y arrogante. La prensa socialista y comunista elogió la mano anónima del proletario alemán que lo había construído. La prensa democrática recordó una vez más al viejo conde Zeppelin a quien por más de un decenio se llamó «der vercükte

Graf»—el conde loco—, cuando de Kaiser abajo, la Alemania realista e incomprensiva rió del proyecto del tenaz inventor como de una fantasía inadmisibile.

Hace algunas horas que del fondo de la noche ha surgido la silueta colosal del dirigible. Llega a Berlín, por primera vez después de sus vuelos triunfales alrededor del mundo, a la América del Norte y a la América Latina. Se le esperaba esta mañana a las siete. Pero, antes que la aurora temprana del verano, ha llegado el dirigible llenando el espacio con el ruido zumbante de sus motores. Berlín no ha tenido tiempo para izar sus banderas. Sólo ha elevado su grito. Esta vez el grito de la noche ha sido como un fiero aullido de victoria. El «Graf Zeppelin» ha cruzado muy cerca de los tejados urbanos reflejando en su vientre plateado el resplandor de la ciudad iluminada. Algunos trasnochadores, ahitos de la cerveza sabatina, han cantado entusiastas el «Deutschland, Deutschland über alles». La mayor parte de los berlineses ha asomado sus rostros somnolientos por las ventanas innumerables. De este a oeste, el dirigible ha cruzado el cielo limpio como una aparición.

Con el sol ha vuelto. No le hemos visto esta vez como hace un año yéndose esquivamente hacia un viaje inquietante. Ahora, dueño de sus victorias, gira durante horas enteras sobre la ciudad enorgullecida. Es el mensajero de optimismo, es el gran suscitador de esperanzas. «Ya ve usted—me dice la portera de mi casa, satisfecha—, ese es nuestro trabajo, esa es nuestra Alemania.»

Los grandes momentos de entusiasmo o de dolor colectivo dan buenas oportunidades para la experiencia psicológica. Cuando surge del fondo del hombre el impulso recóndito ante lo grandiosamente bello o ante lo grandiosamente terrible, hay que observar con más cautela que nunca los resortes secretos de sus ímpetus. El dirigible despierta diversas categorías de emociones. Pasma, rapta, amedrenta o exalta. Hay una gran diferencia entre el correr miedoso del lejano habitante de la estepa siberiana sorprendido por la visión formidable y el mensaje lacónico de aquel capitán inglés que dijo desde la mitad del océano—en el lenguaje multicolor de sus banderas de señales—: «hermoso espectáculo». Hay también gran diferencia entre el saludo alborozado del costanero brasileño, férvido y rendido, y el grito del pueblo británico o francés que admira la obra del hombre como resultado magnífico del esfuerzo. En la sorpresa medrosa del bárbaro de la estepa y en el gesto estupefacto e ingenuo del campesino o pescador de nuestras tierras se denuncia, con diferencia de grados, la fascinación

poderosa y primitiva de lo mágico. En los pueblos que viven la edad mecánica, que saben y sienten la máquina porque sale de sus manos, la emoción, a pesar de sus expresiones desmedidas, corresponde a lo que puede llamarse la emoción de la técnica.

Cualquiera que sea la forma o modo de reaccionar colectivos ante las manifestaciones del poder del hombre, el grado de desenvolvimiento económico del medio en que vive determina la jerarquía de sus emociones. Nuestros pueblos—valga el *verbi gratia* cercano—no han inventado la máquina, no la producen. Les llega hecha, elaborada, cumplida. Y por más que sepan o adivinen su forja, tiene algo de misterio su creación lejana. Cuando uno de nuestros poetas futuristas e izquierdistas eleva su canto, muy literario y muy moderno, a la era de las factorías, del proletariado industrial, del motor y de la electricidad, su esfuerzo de imaginación es como el juego amable de la fantasía de un niño ante la realidad tremenda de un pueblo que verdaderamente vive la edad de la máquina.

En Alemania, a pesar de las diversas manifestaciones que las victorias del «Zeppelin» han producido, prevalece la emoción de la técnica. No importa que los nacionalistas vean en el dirigible la expresión del viejo poder germano resurrecto. O que la propaganda política suscite el desbordamiento del optimismo nacional como una cura o compensación por todos los dolores de la derrota. El entusiasmo puede tomar diversas direcciones o puede usarse, como un producto cualquiera, para distintos fines. Interesa descubrir la emoción que lo produce. Cuando el boxeador Max Schmeling llevaba a los Estados Unidos el testimonio de la fuerza bruta e individual de Alemania, el país no se sacudió tan profundamente como ocurrió por ejemplo en toda la América Latina cuando Firpo iba a probar con los puños la fortaleza de nuestra raza. La prensa alemana, a pesar de su afán de sensacionalismo en todo lo que al país incumbe, no logró agitar a la nación como se esperaba. El entusiasmo tuvo un volumen y una circunscripción determinadas. Alemania es un país de acción colectiva. Además es un país donde el culto de la fuerza supone culto de la inteligencia. Los puños de un individuo no valen nada. Valen algo cuando los puños de un alemán van a medirse en un país donde vencer por los puños da prestigio nacional. Y este ha sido el caso de Schmeling que durante sus exhibiciones en el país, poco antes de su salida para América, tuvo muchas veces que suspender el espectáculo por falta de asistencia del público. Pero Schmeling no podía despertar la emoción de la técnica. La emoción de la técnica no la despierta sólo la fuerza. Demanda el concurso de la inte-

ligencia. La fuerza primitiva, individual, es divinizada en los pueblos agrarios. La fuerza colectiva—que supone disciplina, sistema, dirección, técnica—es la fuerza admirable de los pueblos industriales. Trátese de un ejército, de una máquina, de un coro o de un partido, Alemania admira la técnica superior del esfuerzo colectivo organizado.

Cuando el «Graf Zeppelin» ha cruzado el cielo berlinés, el grito popular se ha precisado en frases breves y expresivas: «Gute Arbeit!» o «Gut gemacht!» (¡Buen trabajo! ¡Bien hecho!) La admiración del espectáculo, como belleza, no ha dominado a la admiración por la técnica. Una montaña, un lago un paisaje producen la emoción primitiva y natural. Una máquina que vuela por los aires en un pueblo que sabe hacer la máquina, que la siente obra suya, suscita otra emoción. Es la conciencia desarrollada del trabajo y por el trabajo la que da la capacidad de esa emoción. Lo misterioso, lo mágico no forman parte de sus atributos. Así, la emoción de lo divino que en los pueblos agrarios podría aplicarse al «Zeppelin», queda relegada para aquello que la inteligencia y el trabajo del hombre no ha alcanzado a dominar todavía.—HAYA DE LA TORRE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

DIVAGACIONES ALREDEDOR DE LA POESÍA

IV. POEMA Y CULTURA

A la edad de treinta y cinco años, Federico Schiller escribía a Goethe:

No espere de mí gran riqueza de material de ideas; esa la encontraré yo en usted. Lo que necesito y por lo que me afano, es por hacer mucho de poco, y si alguna vez llegara usted a conocer mi pobreza en todo lo que se llama *conocimientos adquiridos*, quizá encontraría usted que, en muchos casos, puedo haberlo conseguido. Como el círculo de mis ideas es limitado, puedo recorrerle más rápida y frecuentemente y se me hace posible administrar mejor mi pequeño capital y producir una variedad de forma, variedad de que carece el fondo; usted se esfuerza por simplificar su gran mundo de ideas; yo, en cambio, busco variedad para lo poco que poseo; usted tiene, para regirle, un reino de pensamientos; yo tan sólo cuento con una familia algo numerosa que de buena gana aumentaría hasta constituir un mundo, aunque no pudiera ser muy grande.

Schiller murió a los cuarenta y seis años, y a pesar de esa pobreza de conocimientos adquiridos, pobreza que él confiesa y